

## Excmo. Sr. D. Ignacio Argote

---

El fallecimiento del Sr. Marqués de Cabriñana del Monte, D. Ignacio María de Argote y Salgado, ocurrido en Niza el 11 del pasado abril, produjo en esta Ciudad una muy triste y general impresión, a pesar de hallarse muchos años en tierra extranjera, alejado de esta Capital, de la que fué un tiempo ornamento de sus esclarecidas dotes, que aquí lababan su noble hogar y gloriosos apellidos. Naturalmente aun ha sido mas vivo este pesar para cuantos disfrutamos del íntimo trato de aquella persona amabilísima; coincidimos con sus aficiones y sentimientos y pudimos estimar muy de cerca sus dotes excepcionales. Brilló en su más florida edad en los círculos literarios, especialmente en Córdoba y Sevilla, y la bondad y finura que le distinguían atrajéronle por todas partes verdaderos amigos. Oriundo de esta Ciudad, puesto que bautizado en Villaharta, lugar que hoy se acrecienta y florece, merced a la creciente fama de sus aguas mineriles y salutíferas, reunió Argote a su alcurnia de guerreros y de ingenieros eminentes, la más esmerada educación. No pudo menos de ser ella fructuosa, empleándose en una inteligencia clara, en un carácter suavísimo y con una sensibilidad de corazón que se adunaron para hacer de él un joven en extremo cortés, simpático e instruído. Tuvo desde luego a gala adquirir y sostener la superioridad social otorgada por lo común en otro tiempo a lo accidental del rango y la fortuna, con el ejercicio de la beneficencia, con el estudio, con la protección a los inferiores, con el miramiento y consideración para todos y con una delicadeza, mas que aprendida, congénita y natural. Sus atenciones constantes, las formas de su urbanidad, se extendían a sus dependientes, a sus servidores más humildes y hasta a los mendigos e importunos que no dejaban de asediarse implorando sus limosnas o favor.

Siguió y terminó su carrera de Jurisprudencia con la aplicación y lucimiento de quien menos pudiese esperar por otra senda la holgura y bienestar de la vida, porque la previsión paterna así lo dispuso, como si no hubiese de poseer por transmisión aquel despejado mozo el título y bienes señoriales de su pertenencia. Ignoramos si ejerció la abogacía,

recordando únicamente, por su notoriedad, la defensa que hizo del procesado Diego del Rosal, uno de los reos que figuraron en primer término en el asesinato cruento y misterioso del infeliz Ferrando en el lugar de Altopaso, de nuestra sierra.

En la carrera política y administrativa, elevóle esta su patria a honrosos puestos, como Concejal, Alcalde, Diputado a Cortes y Senador del Reino. Sin ciegos apasionamientos del partido tuvo adhesión afectuosa al grupo conservador del célebre Conde de San Luis, que a tantos hombres de letras supo atraerse con la protección y servicios que les dispensara.

Desde su primera juventud se ensayó en juguetes poéticos y líricos. Aun debe conservarse en poder de quien esto escribe alguno de aquellos esbozos olvidados y casi infantiles, dado que a poco de vivir en Montilla, o cuando la ocasión nos acercaba, solía tomarnos por consultores y confidentes, a la vez que a otros colegas, en este linaje de ocios; buscando menos el fallo de críticos que la veracidad de amigos, a quienes empeñaba en la observación y la censura. Entre tales ensayos figura algún sainete de costumbres andaluzas, cuyos diálogos duplicaban su gracejo en labios de bellísimas jóvenes de la época.

Pocos años después, cuando hubo de fijarse en Córdoba, con ánimo de asentar y prolongar en ella su residencia, realizó notables mejoras en su casa-palacio de la calle del Arco Real, antes alojamiento del Gobierno provincial, teatro después veraniego, y ya enajenado a particulares, morada al presente del primer tribunal o Audiencia del territorio.

Mas cúmplenos ahora recordar a nuestro ilustre amigo, principalmente bajo el aspecto de sus merecimientos literarios. Tuvo intervención activa en nuestras tertulias de tal carácter de los señores Barón de Fuente de Quinto y Conde de Torres Cabrera; en la Academia Cordobesa y en la de Sevilla, y en la tan floreciente reunión es esta última ciudad, que trocó en aras de Minerva por entonces la casa de don Juan José Bueno. De este amenísimo centro se recogieron y dieron a la estampa, coleccionados, muchos trabajos poéticos, y entre ellos numéranse hasta cinco de nuestro Marqués. Estimamos oportuno reproducir algo de lo que acerca del poeta y caballero cordobés ocurriósele a un ilustre extranjero, huésped del Palacio de San Telmo, con alta misión y honrosas funciones cerca de unos excelsos Príncipes. Describiendo la indicada tertulia, como concurrente a ella, Mr. Latour, en su precioso libro *La España religiosa y literaria*, París 1863; reproduce con su pluma en forma pintoresca una sesión de la Academia de Buenas Letras de Sevilla, recuerda el origen histórico de este cuerpo y los nombres célebres de Montiano, García de la Huerta, D. R. de la Cruz, Trigueros, F. Iriarte, Forner, Lista, Reinoso y otros que añadieron el lauro académico al nombre de políticos

y estadistas. La sesión que describe en la que el Sr. Marqués de Cabriñana, *arriere ne veu* de Góngora, hubo de tratar de su famoso antepasado. «El Marqués, escribía, es un sujeto de unos cuarenta años. Alto y rubio, parece pertenecer menos a la raza andaluza que a la flamenca, mezclada por algún tiempo con la española, y su aire o tipo, vuélvese a encontrar por acá en más de un rostro, así como sus blasones, sobre más de un escudo nobiliario. No me admiraría yó, y aún así me lo han afirmado, de que hubiese algo de sangre francesa en sus venas. La fisonomía del Marqués es franca y simpática; su gesto noble y modesto a la par, y su mirada dulce y cariñosa.»—Y tal aparece en el bellissimo retrato, grabado al frente de su libro de versos por Martínez, y pintado por el aventado artista hispalense don Eduardo Cano.

Sigue observando el benévolo escritor francés, que un carácter elevado y religioso y una elegancia natural distinguen las composiciones del Marqués. Tiene por la más considerable el canto épico de la toma de Córdoba, en la cual, en pos de San Fernando, aparece como héroe Don Martín de Argote, uno de los ascendientes del poeta. La composición fué premiada con una caléndula de oro en los primeros Juegos florales de Córdoba 1859. Cita Latour también como notables las poesías el *Recuerdo del amor a Dófila*, *Un sueño* y el soneto *A Góngora*, que aquel escritor traduce en lengua francesa. Continúa analizando la disertación académica, e indica el proyecto que a la sazón acariciaba el Marqués de levantar un monumento funerario al afamado vate y deudo suyo en la capilla de San Bartolomé de la Catedral de Córdoba, el cual desigmo insinúa, con delicada y algo amarga reticencia, estaba en expectativa y pendiente del Cabildo Eclesiástico de su patria.

Al aparecer coleccionadas las poesías del Marqués en un elegante volumen en 4.º (Madrid. E. Rivadeneyra, 1866), un esclarecido crítico, filósofo y publicista sevillano, harto prontamente robado por la muerte a las glorias de su patria, quiso dedicarles y les consagró un notable artículo de Bibliografía. Fué este escritor nuestro malogrado amigo don Luis Segundo Huidobro, cuyo retrato decora con los de tantos hijos ilustres de Sevilla la cornisa de los salones de la Biblioteca Colombina, y tal vez los de otros establecimientos públicos del alto destino. Observa Huidobro la personalidad del Marqués «noble cordobés de aquellos que toman por regla de su conducta el proverbio de la aristocracia francesa: *Noblesse oblige*, y deudo del defensor de Baena como del cantor de Angélica y Medoro.»

Omitiendo otras reflexiones, en relación con los prejuicios que suele haber en la simpatía ciega o desdén injusto para la grandeza del nacimiento, no obstante las aspiraciones a la igualdad social como forma más

perfecta del progreso humano, abstiéndose de avalorar los servicios cívicos del Marqués de Cabriñana, dando por supuesto que «los principios de conciencia, de honradez y de caballerosidad profundamente arraigados en su carácter y en su educación, no han podido menos de dirigirle en todos los actos de su vida pública y privada.»

Pero viniendo a las poesías, advierte que los menos entendidos no serán insensibles a la naturaleza y riqueza de las descripciones, a la brillantez de las imágenes, a la tersura del estilo y a la dulce armonía de la versificación. Merécenle conmemoración señalada a mas de las citadas composiciones anteriores, *La Soledad*, *El poder de Dios*, *A Nuestro Señor Jesucristo*, *A la Santísima Virgen*, *El Castillo de Cabriñana*, donde el sentimiento religioso y tierno de fiel católico, o su patriotismo enlazado a gloriosas tradiciones de familia pudieron con mas calor inspirarle. Mas nota, bien así cual lo observó D. Teodoro Llorente, el color demasiado clásico de otras composiciones, como *El resbalón de Nise*, *La corona de jazmines*, y otros juguetes reveladores de su primera y esmerada educación literaria. También el discreto prologuista D. L. A. de Cueto, hoy Marqués de Valmar, encuentra en estas poesías cierta especie de disciplina doctrinal inherente a lo que se llama *escuela*, con predominio de carácter determinado y prendas brillantes de forma y entonación. Pero en la tendencia moral hidalga y española les aplica el proverbio índico de que *por cualquier lado que se incline la antorcha, la llama se levanta siempre hasta el cielo*.

Los autorizados juicios anteriores formulan el mérito del poeta y procer cordobés, que une en sus versos la corrección a una sobriedad nada común.

La instrucción y delicado comportamiento social que enuncia conformidades de espíritu y corazón le atraía innumerables amigos. Fuéronlo suyos con intimidad en su patria todos los aficionados al saber, a las letras y a las artes. En Sevilla, Fernández-Espino, Bueno, De Gabriel, Justiniano, R. Zapata, Asquerino y otros varios ya desaparecidos del mundo. Con algunos de ellos ya inexistentes, recordamos haber hecho una visita a las ruinas de Itálica.

Coleccionaba garbosamente el Marqués libros, pinturas, objetos de arte y antigüedades, que posteriores desengaños contribuyeron a diseminar sin aprovechamiento. Vivía sin fausto y con sencillez, pero generoso de suyo, gustaba de haber compartícipes de sus goces intelectuales. Y su propensión benéfica no quedó nunca desmentida.

Residiendo en Córdoba, había concedido planes, que para su cultura y gloria propia hubieran sido fecundos. Tales eran una escogida Biblioteca que trataba de hacer pública, con muchos retratos de cordobeses

insignes antiguos y modernos y aún de varones esclarecidos nacidos en otro suelo. Dió con ello ocupación a algunos artistas como los señores Contreras y Saló. Entre los contemporáneos ya figuraban en la colección el erudito Ramírez Casas-Deza y el naturalista F. Amor. Estos debían un gabinete arqueológico y otro de historia natural. Veíase el retrato de otro señalado en esta ciencia y viajero ilustre Mr. Jacquemont. Guardaba lugar distinguido a escritores de su apellido, a Gonzalo Argote de Molina, el famoso cronista de la nobleza andaluza, y a D. Simón de Argote, autor del ya escaso libro de los nuevos *Paseos por Granada*. Con el primero pudo servir para ilustrar la bella edición del nobiliario, hecha en Jaén por el docto Magistral Sr. Muñoz Garnica. A quien esto escribe encargaba con instancia le proporcionase efigies menos conocidas y obras científicas o literarias de compatriotas. Así pudo adquirir un ejemplar auténtico, el más limpio y cabal de la Historia de Córdoba y sus linajes por D. Andrés de Morales y Padilla, ejemplar que de manos mercenarias entendimos haber pasado a las de un docto filólogo sevillano.

A fines de 1851 habíase descubierto en Villacaños, tierras de su patrimonio, un notable mosaico romano con figuras mitológicas y peregrinas labores. El Sr. Argote interesó desde luego al gobierno de la provincia y a la comisión de Monumentos en que se estudiase y conservase para el estudio y centro de este género de riquezas. Pero como de ordinario acontece, la falta de recursos de las Comisiones y la perezosa tramitación oficial no produjeron resultado alguno. Lo obtuvo al fin no sin luchas y moratorias, y no en la forma en que lo deseaba, para erigir a su costa el sepulcro mural de Góngora en la capilla de San Bartolomé de nuestra Catedral, donde hoy se contempla con expresivo epitafio latino. La historia del asunto consta en los diarios de la época y en el discurso que ofrecimos al Ateneo cordobés, acerca de Góngora en 1888.

Otras esperanzas y designios tocantes al servicio y gloria de Córdoba se malograron con la expatriación voluntaria del Marqués. Desabrimientos y contrariedades, cuyo origen y alcance no nos toca inferir, ni si un caviloso pundonor los esforzara, le hicieron renunciar a vivir entre nosotros y a concretar al amor de su familia en suelo extraño los impulsos de su alma tiernamente correspondidos por una dignísima esposa y su interesante hija.

Por breves períodos visitó la Corte o algún puerto andaluz. En Madrid, como donde quiera, gozaba en el cultivo de las letras y de sus amigos. Por eso pudo recoger el último autógrafo, según contaron los periódicos trazados por la pluma del célebre Hartzenbusch, que escribió *Los Amantes de Teruel*.

A propósito de su deplorada ausencia, decía al autor de estos renglones hace tres años desde Hyeres:—«Yo desearía vivir en mi país, pues en él tengo mis recuerdos, y en él mis padres están sepultados, y en él viven los pocos amigos que aun existen; pero como yo procuré mientras estuve en mi patria no hacer mal a nadie y sí todo el bien que en mis cortas facultades me fué dado, me creí con derecho, no a que se me estimase, pues el cumplimiento de los deberes ni consideración ni aplauso merecen, pero al menos a que no se me echase de la tierra en que había nacido.» «Las luchas políticas, añadía, son hoy día tan groseras, que por su indignidad y violencia repugnan a las naturalezas delicadas y honradas. Estas son, mi excelente amigo, las causas que contra mi voluntad me obligan a no volver a mi patria, a no poder derramar una lágrima ante la tumba de mis padres y a no disfrutar del amable trato de mis buenos amigos; entre los que, y en lugar muy preferente cuento, etc., etc.»—«La manera de tener menos enemigos es ocultar cuidadosamente la superioridad del talento... nuestros enemigos se aumentan en la misma proporción que nuestras buenas cualidades. La ciencia de vivir en el mundo y de conocer a los otros hombres es tan difícil, que se muere uno en el aprendizaje.» Esta especie de misantropía aforística que le dominaba en momentos melancólicos de sus últimos años, se indicaba en su espíritu más de veinte años antes, cuando nos escribía:—«V. sabía mis planes con respecto a esa población: cónstale también que he hecho los más grandes esfuerzos por permanecer en ella, que he procurado ser atento con todos, y tenerles todas las consideraciones que se merecen, que mi corto patrimonio se ha repartido... entre los que para algo me han necesitado... que he perdonado y servido a mis enemigos y he sido leal con mis amigos, y que esto se ha premiado dándome multitud de sinsabores, arruinándome en mis intereses, y enfermándome; y finalmente procurando desacreditarme entre el vulgo.»

Estas tristezas hubieron de impresionar hondamente al Marqués, en quien otras menos accidentales habían ejercitado su nimia sensibilidad. En agosto e 1867 había fallecido su muy querido padre, para quien nos encargó su inscripción sepulcral, y a los nueve o diez años después perdió a su tierna madre. Tal vez, cuando pasaba sus últimos días en el Mediodía de Francia o en Niza, donde ha fallecido de 71 años, anheló que sus huesos reposasen junto a los de los autores de su vida. Si así es, a otras personas prendas de su corazón toca cumplir el voto (1). A la Municipalidad de su patria, honrar en algún modo la memoria de un hijo distinguido; y a nosotros sus fieles y antiguos amigos, elevar por él preces al cielo y conservarle con amor en nuestra memoria.

9 de mayo de 1891.

(1) Así se ha realizado por el piadoso afecto de su ilustre viuda, hace algunos meses.